

Lorenza Muñoz, ex-colaboradora de *Los Angeles Times*, escribe:

Exiliada de México por miedo

Los Ángeles, Ca. 19 de diciembre de 2010¹

Nunca antes había pensado en mí como exiliada. Toda mi vida he viajado entre México, donde nací, y Los Ángeles, mi hogar desde que tenía 6 años. ¿Qué hay en común entre una persona como yo, cuyos padres eligieron libremente abandonar su país para ir a los Estados Unidos hace muchos años, y los vietnamitas, cubanos, iraníes e iraquíes que se vieron obligados a huir de sus países de origen para no volver?

Miedo.

Los titulares cuentan la historia: “México, sitiado”, “Mortandad. Drogas. Violencia. Reclamos. Cientos de vidas”, “EE.UU. advierte sobre el peligro en México a medida que la violencia aumenta.”

O el que habla del adolescente de 14 años que llanamente dijo a las autoridades que había matado gente decapitándola y luego añadió, como si decirlo lo exonerara, que por lo menos nunca “colgó cuerpos de los puentes ni nada por el estilo”.

Esa historia resulta especialmente escalofriante para mí porque muchos de esos cadáveres fueron colgados de puentes en Cuernavaca, la ciudad donde vive la familia de mi madre, donde he pasado veranos como visitante de los Estados Unidos. Amigos de allá cuentan cómo cubrieron los ojos a sus hijos para que no vieran los cadáveres colgantes, que parecían caer del cielo.

En Cuernavaca y en la Ciudad de México nuestros amigos no salen de noche. Las conversaciones en los restaurantes se susurran —nadie quiere ser escuchado cuando cuenta esto y lo otro, que fue secuestrado o que fulano de tal es narco. Nunca se sabe quién está sentado a tu lado.

Muchas personas que conozco han sido secuestradas. En 2007, la muerte de Silvia Vargas tras un secuestro muy publicitado fue un golpe cercano de casa. Su padre fue mi entrenador de natación un verano.

Ese asesino de 14 años de edad forma parte de una nueva generación en México que se llama los *ni-nis*, niños perdidos y jóvenes que proclaman no estudiar ni trabajar. No obstante, han encontrado muchas cosas que hacer, actuando como sicarios, torturadores y mulas de los carteles. Por lo general, dicen los informes, están tan drogados que ni siquiera reconocen o

1. <http://www.orvidas.com/blog/?p=354>

sienten la carnicería que están provocando.

Sé que, como en la mayoría de países, México ha tenido siempre un lado oscuro y salvaje. Mi propia madre y mi tía fueron secuestradas por un poderoso cacique en el decenio de 1960. El tipo pensó que mi tía, de 14 años, con ojos verdes, piel blanca y pelo negro, era tan bella que tenía que poseerla.

Afortunadamente mi madre, nerviosa e inteligente (también de una gran belleza), iba con ella y fue capaz de tramar una vía de escape: abrió la puerta del coche en movimiento, cogió a su pequeña hermana de la mano y corrieron en sentido opuesto a la circulación por el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México.

Durante varios meses mi tía fue diariamente a la escuela escoltada por un amigo que era general del ejército. El problema lo resolvió de manera discreta mi abuelo, que era médico militar. Se reunió en privado con el cacique. Nadie sabe lo que se dijo, pero el asqueroso tipo no volvió a molestar a mi tía ni a mi madre.

En los decenios de 1980 y 90 hubo siempre historias de crímenes. Durante los veranos que pasaba con mis primos en México nos aleccionaban para que diéramos mordida a la policía con tal de que no nos llevaran a ningún lado. De alguna forma, en las historias sobre delitos siempre surgía un toque de amabilidad o misericordia que los volvía casi cómicos. A sus 80 años, al marido de mi abuela lo asaltaban todas las semanas, los viernes a la misma hora, después que depositaba su dinero en el banco. Pero los asaltantes eran siempre corteses y se disculpaban por tener que quitarle su dinero. A un amigo al que le robaron el coche, le dieron para el pasaje en autobús.

En las historias que se cuentan ahora no hay nada divertido; solo miedo y lamento.

Y, sin embargo, la vida sigue. Mis primos, tías y tíos pasarán la Navidad en Acapulco. Bailarán, comerán, nadarán en el mar. Oigo la tristeza en la voz de mi abuela cuando le digo que este año no los visitaremos. Siento que mi voz la captura cuando pienso en ella. 90 años, sentada en su sala mientras sostiene el teléfono.

Recuerdo lo hermoso que es la Navidad en México, todo decorado con los tonos carmesí de la temporada. Puedo ver las flores de Nochebuena que florecen en los lánguidos jardines de Cuernavaca, lugar que los aztecas llamaban la Ciudad de la Eterna Primavera.

El México que me gusta recordar es el del amor y la calidez y la familia.

Sé que estoy cayendo en el frenesí de los medios que presentan con sensacionalismo los crímenes y sólo cubren los horrores de México. Pero ahora tengo mis propios hijos, y los niños la vuelven a uno cobarde.

Si mi familia fuera a viajar muy probablemente no le ocurriría lo peor. Después de todo, la

mayoría de la violencia se está produciendo entre los narcotraficantes y sus secuaces. Las tasas de criminalidad en general son mucho peores en Brasil y Venezuela, por ejemplo.

Pero ¿y si tuviéramos que conducir bajo uno de esos puentes en el día equivocado? ¿Cómo explicar la visión de esos horribles cuerpos sin vida, colgando de lo alto? ¿Qué haríamos si el taxista con quien fuéramos trabajara para un narco? ¿Y si quedáramos atrapados en el fuego cruzado de un tiroteo? No hay manera de negociar como hace más de 40 años, cuando fue posible que mi abuelo lo hiciera. Basta con preguntarle a los padres de Silvia Vargas.

Es un momento feo, feo en México. Así que ahora también yo me he unido a las filas de tantos inmigrantes, exiliados en el miedo que no se atreven a volver. Para ser honesta, no podemos —porque el lugar y el tiempo que buscamos ya no existen.